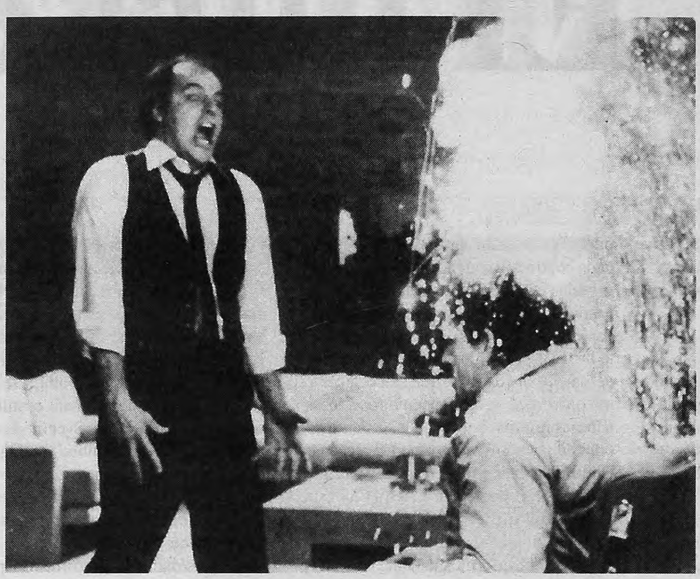
VERANO | 12



SCANNERS, DE DAVID CRONENBERG (1980). PEQUEÑA GRAN PELÍCULA SOBRE MUTANTES DE COSTUMBRES PELIGROSAS.

Mutantes

POR RODRIGO FRESÁN

Pensar en los mutantes como en una suerte de extraterrestres caseros, hechos en la tierra y caminando entre nosotros. Gente con poderes, uno o dos escalones más alto en la pirámide evolutiva. Parecen iguales a nosotros pero... Theodore Sturgeon (Nueva York, 1918-1985) primero fue marino, después trabajó en un circo y recién después se hizo tiempo y espacio para escribir unos 175 cuentos y un puñado de novelas entre las que se cuentan *Los cristales soñadores* (1950) y *Más que humano* (1953, alguna vez en la carpeta de Federico Fellini, ya que se trataba de uno de sus libros favoritos), y sendas obras maestras sobre el tema de los mutantes perdiéndose y encontrándose en una sociedad que no los comprende y que los considera freaks.

El logro de Sturgeon –y por lo que será merecidamente recordado por más de más de un seguidor de la línea "dura" o clásica de la ciencia-ficción– es que en buena parte de sus ficciones se nos invita a contemplar el mundo del paria, del que se encuentra y se siente afuera, desde adentro. El punto de vista es el del freak –pensar, sí, en Sturgeon como el escritor de ciencia-ficción más freak después de, por supuesto, Philip K. Dick– es lo que constituye buena parte de su Tema y así, con el correr de las páginas y el transcurrir de los hechos, el lector no puede evitar el pensar que los seres humanos "normales" no lo son tanto después de todo.

En las dos novelas antes mencionadas, Sturgeon proclamaba la llegada del homo-gestalt, nueva instancia evolutiva donde el Nuevo Hombre estaría compuesto por varias personas con poderes trabajando en equipo. *X-Men* –comic y film– abreva en sus ideas.

To Marry Medusa –publicada en nuestro idioma como *Violación cósmica*– lleva el asunto todavía más lejos a la vez que constituye una originalísima vuelta de tuerca sobre el tema de la invasión extraterrestre. Gurlick es un tipo común y corriente y poco inteligente hasta que sin darse cuenta ingiere una espora extraterrestre que lo convierte en el cuerpo perfecto para albergar a Medusa: una forma de inteligencia tan vasta que comprende la conciencia y sabiduría de un billón de planetas. El problema es que el próximo paso de Medusa es incorporar a nuestro planeta a su disco duro... "El hurkel es una bestia feliz" es otra de esas variaciones gremlin sobre el tema del de afuera llegando a nuestro adentro para, uh, invertir nuestro sentido del aquí nosotros, allá ellos.

El hurkel es u

POR THEODORE STURGEON

Esto ocurrió hace mucho, mucho tiempo...

Lirht está en un plano universal distinto o en otra galaxia. Quizá no haya diferencia entre estos términos. Lirht es por lo menos un planeta con tres lunas –una de ellas desconocida– y un sol, tan importante en su universo como el sol nuestro.

Lirht está habitado por los gwiks, la raza dominante, y por otras especies menos desarrolladas que no interesan a esta historia. Excepto, por supuesto, el hurkel. El hurkel es muy estimado por los gwiks como animal doméstico, a pesar de que los hurkels son más afectuosos que leales.

Los hurkels más hermosos son los azules.

Bien. En Lirht, en la más grande de sus ciudades, hubo ciertos desórdenes, de una naturaleza que quizá no conocemos, y un gwik llamado Hvov, a quien olvidaremos inmediatamente, voló un edificio de una importancia que no entenderíamos. Este suceso causó una gran excitación, y muchos gwiks dejaron sus casas, fábricas y estrúbeles y corrieron al centro de la ciudad, y así fue como la puerta de un cierto laboratorio quedó abierta.

En las épocas de grandes confusiones las cosas menudas siguen su curso. Durante los "diez días que sacudieron al mundo" los cafés y teatros de Moscú y Petrogrado continuaron abiertos, la gente se enamoró, entabló pleitos, murió, derramó sudor y lágrimas, y algunas de esas lágrimas fueron de risa. Así en Lirht, mientras se decidía el destino del miserable Hvov, los gwiks siguieron fardando, funtando y fupando. La gran central hiutónica siguió emitiendo sus poderosos latidos, y en los ánamos brotaron los corsones.

Por el mencionado laboratorio, que en aquellas circunstancias había quedado abierto, se paseaba un cachorro de hurkel. Se sentía allí muy feliz, pero ya se sabe que el hurkel es una bestia feliz. Rondaba de un lado a otro sin miedo –podía hacerse invisible si se asustaba– y miraba con ojos brillantes las patas de las mesas y las resplandecientes paredes cubiertas de estantes. Se movía sinuosamente, alzando el lomo y arqueando el cuerpo sobre el piso. Las patas delanteras y traseras eran tan firmes y rectas como las de una silla; en las del medio había dos pares de rodillas; un par se doblaba hacia adelante y el otro hacia atrás. Tenía una estructura tan ingeniosa como la del escorpión, y era de un color extraordinariamente azul.

Una máquina enorme e intrincada ocupaba casi la mitad del laboratorio, con sus partes todavía a la vista, mostrando los signos de desarrollo comunes a toda la galaxia: ganchos que unían distintos elementos, cables que terminaban en pinzas de resorte, aparatos medidores en mesitas cerca del cuerpo central. El cachorro observaba la máquina con curiosidad y amistosas intenciones, emitiendo una onda de radiación que era su mirada o su ronroneo. Arqueando el lomo delicadamente dio un rodeo y pisó con suavidad, pero con firmeza, una llave en el piso.

Inmediatamente se oyó un zumbido precipitado, como si unos pajaritos persiguiesen a unos enormes mosquitos, y unas partes de la máquina empezaron a calentarse. El cachorro miró con curiosidad, y vio, allá arriba, en la confusión de bobinas y cables, el más atrayente de los espectáculos. Era como el centelleo del calor sobre un campo en barbecho; era como un vórtice de humo; como rojas luces de neón sobre un pavimento mojado. Para los sentidos del cachorro aquel centelleo rojo anaranjado era también como el olor de la menta para un gato, o el anís para un terrier terrestre.

El hurkel fue retrocediendo hacia el resplandor, metió las patas traseras en una barra colectora –afortunadamente no había potencia de tierra– y subió. Pasó así de un transformador a una pila, saltó a un condensador variable –que cambió de dirección–, desapareció momentáneamente al sentir la mordedura de una lámpara caliente y al fin se balanceó a orillas del centelleo. La luz oscilaba en el aire en una especie de gabinete, rodeado por pesadas bobinas con decenas de miles de vueltas de alambre y grandes recolectores. El gabinete tenía una abertura, enfrente, y el cachorro miró fascinado el interior, balanceándose, adelante y atrás, al ritmo de una música que él mismo inventaba acompañando aquella llama aérea. Se balanceó así un rato, bajando y subiendo, dejándose llevar en una ola de deliciosas y apremiantes sensaciones. Y una vez, sólo una vez, su centro de gravedad se alejó demasiado de su punto de apoyo. Demasiado... bastante. Se precipitó en el gabinete, en la llama.

El hurkel fue retrocediendo hacia el resplandor, metió las patas traseras en una barra colectora –afortunadamente no había potencia de tierra– y subió.

Un día caluroso y sofocante de mediados de junio, un maestro, de nombre Stott, que enseñaba siete asignaturas a los niños de un pueblo, estaba escribiendo en la pizarra. Escribía la palabra *Madagascar*, y el aire era tan húmedo y cálido que podía sentir cómo la camiseta se le pegaba y despegaba en el omóplato con cada *a* redonda.

Detrás de él estalló de pronto un susurro entre los sudorosos escolares. Sus educados reflejos le impidieron volverse en seguida, y cuando acabó de escribir, la clase era ya un joven rugido. Stott se volvió a medias, abrió la boca y la cerró otra vez. Aquello merecía algo más que la reprimenda de costumbre.

Sus cuarenta alumnos se retorcían y revolvían de un modo extraordinario, y el sonido que emitían, una especie de plañidera risita, era realmente singular. Miró a los niños, uno por uno. Aquí una mano rascaba trabajosamente una nuca; allá un chico escarbaba vergonzosamente bajo una camisa; más allá una reluciente y aseada damisela se frotaba violentamente el cuero cabelludo.

Conociendo el valor de un ataque individual, Stott entonó:

–Hubert, ¿qué pasa?

El aula se calmó inmediatamente, aunque algunos siguieron agitándose con disimulo.

–Nada, señor –gorjeó Hubert.

Stott lanzó unas ojeadas a un lado y a otro. Cada vez que miraba a alguien, el rascado cesaba, reemplazado por un agonizante control. Apartaba la vista, y los cuerpos se retorcían otra vez y se reanudaban las fricciones. Stott miró con furia aquí y allá, y se pasó distraídamente un pulgar por una costilla izquierda inferior. Alguien se rió entre dientes. Antes de que pudiera descubrir al culpable, Stott sintió de pronto una intensa picazón. Se dominó apretando las mandíbulas y se juró a sí mismo que no se rascaría mientras estuviese allí, frente a la clase.

–La clase ha... –empezó a decir ásperamente, y se detuvo.

Había un... *algo* en el alféizar de una ventana abierta. Parpadeó y miró otra vez. Era una nube translúcida, azulina, casi nada en verdad. Era menos de lo que debía ser algo, pero también, sin duda, más que nada. Con un poco de imaginación hasta podía ver el contorno de una arqueada criatura con demasiadas patas; pero por supuesto eso era ridículo.

Apartó los ojos y miró a la clase con el ceño fruncido. Había tenido dos desafortunadas experiencias con bombas de mal olor, y tenía la idea de haber visto alguna vez, en una tienda de productos humorísticos, un "polvo picante". ¿Podía ser ése el origen de la terrible picazón? No era tiempo aún, sin embargo, de acusar a alguien. Un error difundiría entre sus menudos genios ciertas nociones extracurriculares.

Probó otra vez.

–La cla... –Tragó saliva. La picazón era...–. La clase ha...

Advirtió que una cabeza, y luego otra y otra se volvían hacia la ventana. Comprendió que si la clase se interesaba demasiado en lo que él creía ver, tendría que enfrentar el pánico. Buscó la regla a tientas y golpeó dos veces el escritorio. No midió adecuadamente sus golpes, y el resultado fue algo parecido a dos pistoletazos. La clase se volvió hacia él como una sola cabeza, y la cosa de la ventana apareció aún más claramente. Era azul..., de un azul realmente hermoso. Tenía una pequeña cabeza esférica y una protuberancia casi idéntica en el otro extremo. Las cuatro patas eran rectas, el cuerpo sinuoso y los dos miembros centrales carecían aparentemente de estructura ósea. A un lado de la cabeza había cuatro pares de ojos, de distinto tamaño. El animal se balanceó en el alféizar unos diez segundos, y luego, sin un sonido, saltó de la ventana y desapareció.

El señor Stott, pálido y agitado, cerró los ojos. Las rodillas le temblaban y se le doblaban, y sobre el labio superior le apareció un delicado bigote de transpiración. Se aferró con las dos manos al escritorio y se obligó a abrir los ojos; y entonces, inundándolo de alivio, repicando en su terror, devolviéndole el dominio de sí mismo, sonó la campanilla que anunciaba el fin de la clase y las tareas escolares del día.

–La clase ha terminado –tartamudeó, y se sentó.

Los niños se incorporaron y salieron, y las filas estremecidas se transformaron en un alborotador calidoscopio que se apretó en el estrecho pasillo. El señor Stott se reclinó flojamente en su asiento, advirtiendo que la terrible picazón había desaparecido junto con los golpes de la regla.

Bien. El señor Stott era un hombre metódico. El señor Stott se alababa la habilidad con que enseñaba a sus alumnos a usar de sus poderes de observación, y todos los mecanismos lógicos de que podían disponer. Quizás en él –luego de haberse recobrado– esos poderes y mecanismos eran superiores a los del hombre común.

Clavó los ojos en la ventana abierta, sin ver más allá los prados bañados por el sol. Y luego de examinar lo ocurrido una media docena de veces, sacó dos importantes conclusiones.

Primero: el animal que había visto, o había creído ver, tenía seis patas.

Segundo: el animal era de tal naturaleza que cualquiera que no lo hubiese visto podía creer que él, Stott, había perdido el juicio.

Estos dos pensamientos tenían sus corolarios.

Primero: todo animal de seis patas debía ser un insecto.

Segundo: en su relación con aquella fantástica criatura nadie podía ayudarlo. Y cualquier cosa que resolviese debería hacerla en seguida. Pensó en cerrar las ventanas –con aquel calor– y rechazó la idea. Pensó en el efecto que causaría tal monstruosidad en un aula llena de niños de unos diez años de edad, y se estremeció. No, no se podía perder tiempo.

Fue hasta la ventana y examinó el alféizar. Nada. No se venía nada afuera tampoco. Se quedó pensativo un momento, tironeándose del labio inferior y pensando. Luego bajó las escaleras y le pidió al portero dos kilos de DDT para un "experimento". Consiguió una caja de madera ancha y chata y un ventilador eléctrico y los puso en una mesa que acercó a la ventana. Luego se sentó a esperar. No era imposible que la bestia azul volviera.

Cuando el hurkel cachorro se precipitó al fuego, se encogió preparándose para una caída que terminaría por lo menos en el piso del gabinete. Su sorpresa fue tremenda cuando se descubrió encogido y ya de pie sobre una superficie. Miró alrededor, boqueando de miedo, con su reflejo de invisibilidad en pleno funcionamiento.

El gabinete había desaparecido. La llama había desaparecido. El laboratorio con sus ventanas, iluminadas por el anaranjado cielo lirhtiano, sus estantes de relucientes aparatos, el armatoste de la máquina..., todo había desaparecido.

El hurkel cachorro se encontró en un espacio abierto, una especie de prado. Ningún color estaba bien; todo parecía envuelto en una penumbra, nublado, fuera de foco. Había árboles, pero no eran bajos y chatos y espesos como cualquier honesto árbol lirhtiano; los troncos eran desnudosy rectos, y las hojas se

El hurkel es una bestia feliz

POR THEODORE STURGEON

Esto ocurrió hace mucho, mucho tiempo...

Lirht está en un plano universal distinto o en otra galaxia. Quizá no haya diferencia entre estos términos. Lirht es por lo menos un planeta con tres lunas –una de ellas desconocida– y un sol, tan importante en su universo como el sol nuestro.

Lirht está habitado por los gwiks, la raza dominante, y por otras especies menos desarrolladas que no interesan a esta historia. Excepto, por supuesto, el hurkel. El hurkel es muy estimado por los gwiks como animal doméstico, a pesar de que los hurkels son más afectuosos que leales.

Los hurkels más hermosos son los azules.

Bien. En Lirht, en la más grande de sus ciudades, hubo ciertos desórdenes, de una naturaleza que quizá no conocemos, y un gwik llamado Hvov, a quien olvidaremos inmediatamente, voló un edificio de una importancia que no entenderíamos. Este suceso causó una gran excitación, y muchos gwiks dejaron sus casas, fábricas y estrúbeles y corrieron al centro de la ciudad, y así fue como la puerta de un cierto laboratorio quedó abierta.

En las épocas de grandes confusiones las cosas menudas siguen su curso. Durante los "diez días que sacudieron al mundo" los cafés y teatros de Moscú y Petrogrado continuaron abiertos, la gente se enamoró, entabló pleitos, murió, derramó sudor y lágrimas, y algunas de esas lágrimas fueron de risa. Así en Lirht, mientras se decidía el destino del miserable Hvov, los gwiks siguieron fardando, funtando y fupando. La gran central hiutónica siguió emitiendo sus poderosos latidos, y en los ánamos brotaron los corsones.

Por el mencionado laboratorio, que en aquellas circunstancias había quedado abierto, se paseaba un cachorro de hurkel. Se sentía allí muy feliz, pero ya se sabe que el hurkel es una bestia feliz. Rondaba de un lado a otro sin miedo –podía hacerse invisible si se asustaba– y miraba con ojos brillantes las patas de las mesas y las resplandecientes paredes cubiertas de estantes. Se movía sinuosamente, alzando el lomo y arqueando el cuerpo sobre el piso. Las patas delanteras y traseras eran tan firmes y rectas como las de una silla; en las del medio había dos pares de rodillas; un par se doblaba hacia adelante y el otro hacia atrás. Tenía una estructura tan ingeniosa como la del escorpión, y era de un color extraordinariamente azul.

Una máquina enorme e intrincada ocupaba casi la mitad del laboratorio, con sus partes todavía a la vista, mostrando los signos de desarrollo comunes a toda la galaxia: ganchos que unían distintos elementos, cables que terminaban en pinzas de resorte, aparatos medidores en mesitas cerca del cuerpo central. El cachorro observaba la máquina con curiosidad y amistosas intenciones, emitiendo una onda de radiación que era su mirada o su ronroneo. Arqueando el lomo delicadamente dio un rodeo y pisó con suavidad, pero con firmeza, una llave en el piso.

Inmediatamente se oyó un zumbido precipitado, como si unos pajaritos persiguiesen a unos enormes mosquitos, y unas partes de la máquina empezaron a calentarse. El cachorro miró con curiosidad, y vio, allá arriba, en la confusión de bobinas y cables, el más atrayente de los espectáculos. Era como el centelleo del calor sobre un campo en barbecho; era como un vórtice de humo; como rojas luces de neón sobre un pavimento mojado. Para los sentidos del cachorro aquel centelleo rojo anaranjado era también como el olor de la menta para un gato, o el anís para un terrier terrestre.

El hurkel fue retrocediendo hacia el resplandor, metió las patas traseras en una barra colectora –afortunadamente no había potencia de tierra– y subió. Pasó así de un transformador a una pila, saltó a un condensador variable –que cambió de dirección–, desapareció momentáneamente al sentir la mordedura de una lámpara caliente y al fin se balanceó a orillas del centelleo. La luz oscilaba en el aire en una especie de gabinete, rodeado por pesadas bobinas con decenas de miles de vueltas de alambre y grandes recolectores. El gabinete tenía una abertura, enfrente, y el cachorro miró fascinado el interior, balanceándose, adelante y atrás, al ritmo de una música que él mismo inventaba acompañando aquella llama aérea. Se balanceó así un rato, bajando y subiendo, dejándose llevar en una ola de deliciosas y apremiantes sensaciones. Y una vez, sólo una vez, su centro de gravedad se alejó demasiado de su punto de apoyo. Demasiado... bastante. Se precipitó en el gabinete, en la llama.

> El hurkel fue retrocediendo hacia el resplandor, metió las patas traseras en una barra colectora –afortunadamente no había potencia de tierra– y subió.

Un día caluroso y sofocante de mediados de junio, un maestro, de nombre Stott, que enseñaba siete asignaturas a los niños de un pueblo, estaba escribiendo en la pizarra. Escribía la palabra *Madagascar*, y el aire era tan húmedo y cálido que podía sentir cómo la camiseta se le pegaba y despegaba en el omóplato con cada *a* redonda.

Detrás de él estalló de pronto un susurro entre los sudorosos escolares. Sus educados reflejos le impidieron volverse en seguida, y cuando acabó de escribir, la clase era ya un joven rugido. Stott se volvió a medias, abrió la boca y la cerró otra vez. Aquello merecía algo más que la reprimenda de costumbre.

Sus cuarenta alumnos se retorcían y revolvían de un modo extraordinario, y el sonido que emitían, una especie de plañidera risita, era realmente singular. Miró a los niños, uno por uno. Aquí una mano rascaba trabajosamente una nuca; allá un chico escarbaba vergonzosamente bajo una camisa; más allá una reluciente y aseada damisela se frotaba violentamente el cuero cabelludo.

Conociendo el valor de un ataque individual, Stott entonó:

–Hubert, ¿qué pasa?

El aula se calmó inmediatamente, aunque algunos siguieron agitándose con disimulo.

–Nada, señor –gorjeó Hubert.

Stott lanzó unas ojeadas a un lado y a otro. Cada vez que miraba a alguien, el rascado cesaba, reemplazado por un agonizante control. Apartaba la vista, y los cuerpos se retorcían otra vez y se reanudaban las fricciones. Stott miró con furia aquí y allá, y se pasó distraídamente un pulgar por una costilla izquierda inferior. Alguien se rió entre dientes. Antes de que pudiera descubrir al culpable, Stott sintió de pronto una intensa picazón. Se dominó apretando las mandíbulas y se juró a sí mismo que no se rascaría mientras estuviese allí, frente a la clase.

–La clase ha... –empezó a decir ásperamente, y se detuvo.

Había un... *algo* en el alféizar de una ventana abierta. Parpadeó y miró otra vez. Era una nube translúcida, azulina, casi nada en verdad. Era menos de lo que debía ser algo, pero también, sin duda, más que nada. Con un poco de imaginación hasta podía ver el contorno de una arqueada criatura con demasiadas patas; pero por supuesto eso era ridículo.

Apartó los ojos y miró a la clase con el ceño fruncido. Había tenido dos desafortunadas experiencias con bombas de mal olor, y tenía la idea de haber visto alguna vez, en una tienda de productos humorísticos, un "polvo picante". ¿Podía ser ése el origen de la terrible picazón? No era tiempo aún, sin embargo, de acusar a alguien. Un error difundiría entre sus menudos genios ciertas nociones extracurriculares.

Probó otra vez.

–La cla... –Tragó saliva. La picazón era...–. La clase ha...

Advirtió que una cabeza, y luego otra y otra se volvían hacia la ventana. Comprendió que si la clase se interesaba demasiado en lo que él creía ver, tendría que enfrentar el pánico. Buscó la regla a tientas y golpeó dos veces el escritorio. No midió adecuadamente sus golpes, y el resultado fue algo parecido a dos pistoletazos. La clase se volvió hacia él como una sola cabeza, y la cosa de la ventana apareció aún más claramente. Era azul..., de un azul realmente hermoso. Tenía una pequeña cabeza esférica y una protuberancia casi idéntica en el otro extremo. Las cuatro patas eran rectas, el cuerpo sinuoso y los dos miembros centrales carecían aparentemente de estructura ósea. A un lado de la cabeza había cuatro pares de ojos, de distinto tamaño. El animal se balanceó en el alféizar unos diez segundos, y luego, sin un sonido, saltó de la ventana y desapareció.

El señor Stott, pálido y agitado, cerró los ojos. Las rodillas le temblaban y se le doblaban, y sobre el labio superior le apareció un delicado bigote de transpiración. Se aferró con las dos manos al escritorio y se obligó a abrir los ojos; y entonces, inundándolo de alivio, repicando en su terror, devolviéndole el dominio de sí mismo, sonó la campanilla que anunciaba el fin de la clase y las tareas escolares del día.

–La clase ha terminado –tartamudeó, y se sentó.

Los niños se incorporaron y salieron, y las filas estremecidas se transformaron en un alborotador calidoscopio que se apretó en el estrecho pasillo. El señor Stott se reclinó flojamente en su asiento, advirtiendo que la terrible picazón había desaparecido junto con los golpes de la regla.

Bien. El señor Stott era un hombre metódico. El señor Stott se alababa la habilidad con que enseñaba a sus alumnos a usar de sus poderes de observación, y todos los mecanismos lógicos de que podían disponer. Quizás en él –luego de haberse recobrado– esos poderes y mecanismos eran superiores a los del hombre común.

Clavó los ojos en la ventana abierta, sin ver más allá los prados bañados por el sol. Y luego de examinar lo ocurrido una media docena de veces, sacó dos importantes conclusiones.

Primero: el animal que había visto, o había creído ver, tenía seis patas.

Segundo: el animal era de tal naturaleza que cualquiera que no lo hubiese visto podía creer que él, Stott, había perdido el juicio.

Estos dos pensamientos tenían sus corolarios.

Primero: todo animal de seis patas debía ser un insecto.

Segundo: en su relación con aquella fantástica criatura nadie podía ayudarlo. Y cualquier cosa que resolviese debería hacerla en seguida. Pensó en cerrar las ventanas –con aquel calor– y rechazó la idea. Pensó en el efecto que causaría tal monstruosidad en un aula llena de niños de unos diez años de edad, y se estremeció. No, no se podía perder tiempo.

Fue hasta la ventana y examinó el alféizar. Nada. No se venía nada afuera tampoco. Se quedó pensativo un momento, tironéandose del labio inferior y pensando. Luego bajó las escaleras y le pidió al portero dos kilos de DDT para un "experimento". Consiguió una caja de madera ancha y chata y un ventilador eléctrico y los puso en una mesa que acercó a la ventana. Luego se sentó a esperar. No era imposible que la bestia azul volviera.

Cuando el hurkel cachorro se precipitó al fuego, se encogió preparándose para una caída que terminaría por lo menos en el piso del gabinete. Su sorpresa fue tremenda cuando se descubrió encogido y ya de pie sobre una superficie. Miró alrededor, boqueando de miedo, con su reflejo de invisibilidad en pleno funcionamiento.

El gabinete había desaparecido. La llama había desaparecido. El laboratorio con sus ventanas, iluminadas por el anaranjado cielo lirhtiano, sus estantes de relucientes aparatos, el armatoste de la máquina..., todo había desaparecido.

El hurkel cachorro se encontró en un espacio abierto, una especie de prado. Ningún color estaba bien; todo parecía envuelto en una penumbra, nublado, fuera de foco. Había árboles, pero no eran bajos y chatos y espesos como cualquier honesto árbol lirhtiano; los troncos eran desnudosy rectos, y las hojas se parecían a los dientes del portel. Los diferentes gases atmosféricos eran de color; nubes de colores débiles y cambiantes oscurecían y revelaban todo. El cachorro retorció sus cafmoros y rudeló su kump; ninguna clase de entrenamiento previo hubiese podido prepararlo para superar semejante conmoción.

Se reanimó y trató de moverse, y recibió la segunda sorpresa. En vez de arquearse simplemente como una oruga, flotó en el aire y fue a caer tres veces más lejos que en todos sus saltos anteriores.

Se agachó en aquellas hierbas de sueño, echando miradas alrededor, abajo, arriba. Se sentía solo y asustado. Vio su sombra a través de la móvil niebla y se asustó aún más, pues en Lirht cuando se asustaba no tenía sombra. Todo aquí era al revés o estaba equivocado: si tenía miedo se hacía más visible en vez de menos; las patas no funcionaban bien, no podía ver claramente, y no había ni siquiera un solitario malapek que pudiese rastrear. Imaginó una música; felizmente le sonaba bien en la cabeza redonda, y sin embargo no resonaba tan bien como antes.

Trató, con muchas precauciones, de moverse de nuevo. Esta vez su trayectoria fue más corta y más controlada. Probó un paso menudo y medido y tuvo mucho éxito. Luego se balanceó un rato, sobre las flexibles patas del medio, y con total abandono se lanzó hacia arriba. Subió por lo menos cinco metros, dando vueltas y vueltas en el aire, y cayó en la hierba sobre las patas delanteras.

El hurkel se sintió realmente deleitado con esta sensación. Se encogió, graiteando de placer, y saltó nuevamente. Esta vez no alcanzó tanta altura, pero recorrió una distancia más larga y al aterrizar rebotó feliz y largamente, dos veces.

En la exploración de esta deliciosa y nueva libertad de movimientos, olvidó sus temores. El hurkel, como se dijo antes, es una bestia feliz. Corcoveó y flotó, remontó y dio saltos mortales, y al fin golpeó una pared de ladrillos con sorprendentes y desagradables resultados. Estaba aprendiendo, del modo más duro, la distinción entre el peso y la masa. El golpe fue leve, pero doloroso. El hurkel retrocedió desamparado y miró los ladrillos. Justo cuando empezaba a sentirse contento otra vez...

Alzó los ojos y vio lo que parecía ser una abertura en la pared, a unos dos metros y medio del suelo. Animado por un espíritu de aventura, saltó y fue a posarse en el alféizar de una ventana..., hazaña de la que se sintió muy orgulloso. Se echó allí, alisándose el pelo, y miró adentro.

La escena era muy agradable. Más de cuarenta animales de una divertida fealdad, aparentemente presos por sus extremidades inferiores a unos establos individuales, balanceaban la cabeza y farfullaban. En el otro extremo del recinto había un monstruo más delgado y más alto, de cabeza desnuda... desnuda comparada con las cabezas de los monstruos prisioneros, cubiertas de pelos como un huevo de mawson. Un ligero examen le mostró al cachorro que en realidad sólo un lado de la cabeza era peludo. El monstruo alto se dio vuelta y empezó a hacer unas marcas en la pared, y se vio que su cabeza era también peluda atrás.

El hurkel cachorro encontraba todo esto



EL MONSTRUITO DE MAC (1988) CUYA INTERESANTE PARTICULARIDAD ES QUE SE ALIMENTA A BASE DE... COCA-COLA.

tremendamente divertido. Se puso a irradiar lo que en Lirht era un ronroneo o resplandor. En ese fantástico lugar el ronroneo no era visible; en cambio los animales presos empezaron a retorcerse y a contorsionarse de un modo muy curioso, y a frotarse ruidosamente los costados con las garras. Esto agradó al cachorro todavía más, pues le gustaba mucho que notaran su presencia, y redobló el resplandor. Los movimientos receptivos de los animales se hicieron casi frenéticos.

> Era azul..., de un azul realmente hermoso. Tenía una pequeña cabeza esférica y una protuberancia casi idéntica en el otro extremo.

Entonces el monstruo alto se volvió otra vez. Emitió unos sonidos raros. Luego tomó una vara de la plataforma de adelante y la dejó caer con un terrible ruido.

El repentino estruendo trastornó al cachorro. Se asustó tanto que se volvió invisible, pero el sistema de visibilidad estaba invertido allí, y su figura se hizo claramente evidente. Se volvió y saltó, perseguido, antes de llegar al suelo, por un agudo chirrido metálico. El cotorreo y los agitados ruidos que llegaron de arriba aumentaron aún más el devorador terror del cachorro. Se arrastró rápidamente hasta un matorral bajo y se ocultó entre las hojas.

Muy pronto, sin embargo, recuperó su irreprimible buena naturaleza. Aflojó el cuerpo, observando el ligero movimiento de los tallos y hojas –algunas debían de haber sido flores– en la leve brisa. Una criatura alada llegó zumbando y bailó alrededor de un capullo. El cachorro se apoyó en una pata central, estiró rápidamente la otra y cazó al intruso en pleno vuelo. El bicho le clavó inmediatamente en la pata una afilada sonda negra. El cachorro no tuvo en cuenta el pinchazo, se comió a la criatura y eructó. Se quedó quieto unos minutos, saboreando la sensación de la abeja en el clarfelo. De pronto la experiencia dejó de ser un éxito. El hurkel se comió a la abeja dos veces más y al fin renunció a la poco agradable tarea.

Volvió la atención otra vez a la ventana, preguntándose qué estarían haciendo ahora aquellas filas de animales. Parecía estar todo muy tranquilo allá arriba... Audazmente el cachorro salió de su escondite, saltó y se posó otra vez en el alféizar. Se sentía muy satisfecho; sus saltos en aquel enloquecido lugar eran cada vez más precisos. Se alisó el pelo, balanceándose en el borde de la ventana, y miró adentro.

Sorprendentemente, todos los animales más pequeños se habían ido. El más grande estaba agachado detrás de la plataforma, en el otro extremo. El cachorro y el animal se observaron un largo rato. Al fin el animal se inclinó hacia adelante y tocó algo en la pared.

Inmediatamente se oyó un zumbido mecánico, y algo empezó a girar en la plataforma cerca de la ventana. Un segundo después el cachorro se vio envuelto en una nube de polvo picante.

Sintió que se ahogaba y el miedo –cada vez mayor– fue haciéndolo más visible. Durante un largo momento no pudo moverse; gradualmente, sin embargo, advirtió una punzante y dolorosa sensación que le llegaba a las entrañas. Se abandonó a ella, y un agonizante éxtasis cayó sobre él en olas sucesivas. Resplandeció brillantemente, aunque la emanación sirvió sólo para que el animal de la habitación se rascara de un modo histérico.

El hurkel se sentía raro, transportado. Se volvió y saltó al aire, alejándose del edificio.

El señor Stott dejó de rascarse la cabeza. Desgreñado, fue hacia la ventana y observó el curioso espectáculo de la bestia azul, totalmente invisible ahora, aunque envuelta en polvo, de modo que parecía una burbuja en la niebla. Rebotaba por el prado como flotando en el aire, dejando detrás, en la hierba, unas manchas cada vez más pequeñas de polvo blanco. Stott se frotó las manos, sonrió afectadamente, y se retiró a sus tareas. Había salvado a la tierra de batallas, asesinatos y derramamientos de sangre; pero él no lo sabía. Nadie descubrió qué había hecho el señor Stott. De modo que su vida fue larga y feliz.

¿Y el hurkel cachorro?

Fue saltando por las largas sombras y desapareció en unos matorrales. Allí cavó un pozo, trabajando soñolientamente, con más y más lentitud. Y al fin se dejó caer en él y allí, inmóvil, pensó raros pensamientos, produciendo una música extraña, y sacudido por extrañas sensaciones. Pronto cesó en él todo movimiento y se quedó estirado, tieso...

Durante unas dos semanas. Al cabo de ese tiempo, el hurkel, ya no un cachorro, se encontró rodeado por una camada de unos doscientos jóvenes. Quizá fue el DDT o quizá fueron las raras radiaciones que recibió el hurkel del cielo terrestre, pero todas las nuevas criaturas eran hembras partenogenéticas como usted y como yo.

¿Y los humanos? Oh, ¡los criamos bien! ¡Y qué felices fuimos! Pero los humanos tenían la picazón errática, y la picazón inflamada, y la comezón paraestética, hormigueante o punzante. Y no podían evitarlo de ningún modo.

Así que se fueron.

¿No es éste un lugar encantador?

DE REGRESO, DE THEODORE STURGEON. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES MINOTAURO.

na bestia feliz

parecían a los dientes del portel. Los diferentes gases atmosféricos eran de color; nubes de colores débiles y cambiantes oscurecían y revelaban todo. El cachorro retorció sus cafmoros y rudeló su kump; ninguna clase de entrenamiento previo hubiese podido prepararlo para superar semejante conmoción.

Se reanimó y trató de moverse, y recibió la segunda sorpresa. En vez de arquearse simplemente como una oruga, flotó en el aire y fue a caer tres veces más lejos que en todos sus saltos anteriores.

Se agachó en aquellas hierbas de sueño, echando miradas alrededor, abajo, arriba. Se sentía solo y asustado. Vio su sombra a través de la móvil niebla y se asustó aún más, pues en Lirht cuando se asustaba no tenía sombra. Todo aquí era al revés o estaba equivocado: si tenía miedo se hacía más visible en vez de menos; las patas no funcionaban bien, no podía ver claramente, y no había ni siquiera un solitario malapek que pudiese rastrear. Imaginó una música; felizmente le sonaba bien en la cabeza redonda, y sin embargo no resonaba tan bien como antes.

Trató, con muchas precauciones, de moverse de nuevo. Esta vez su trayectoria fue más corta y más controlada. Probó un paso menudo y medido y tuvo mucho éxito. Luego se balanceó un rato, sobre las flexibles patas del medio, y con total abandono se lanzó hacia arriba. Subió por lo menos cinco metros, dando vueltas y vueltas en el aire, y cayó en la hierba sobre las patas delanteras.

El hurkel se sintió realmente deleitado con esta sensación. Se encogió, graiteando de placer, y saltó nuevamente. Esta vez no alcanzó tanta altura, pero recorrió una distancia más larga y al aterrizar rebotó feliz y largamente, dos veces.

En la exploración de esta deliciosa y nueva libertad de movimientos, olvidó sus temores. El hurkel, como se dijo antes, es una bestia feliz. Corcoveó y flotó, remontó y dio saltos mortales, y al fin golpeó una pared de ladrillos con sorprendentes y desagradables resultados. Estaba aprendiendo, del modo más duro, la distinción entre el peso y la masa. El golpe fue leve, pero doloroso. El hurkel retrocedió desamparado y miró los ladrillos. Justo cuando empezaba a sentirse contento otra vez...

Alzó los ojos y vio lo que parecía ser una abertura en la pared, a unos dos metros y medio del suelo. Animado por un espíritu de aventura, saltó y fue a posarse en el alféizar de una ventana..., hazaña de la que se sintió muy orgulloso. Se echó allí, alisándose el pelo, y miró adentro.

La escena era muy agradable. Más de cuarenta animales de una divertida fealdad, aparentemente presos por sus extremidades inferiores a unos establos individuales, balanceaban la cabeza y farfullaban. En el otro extremo del recinto había un monstruo más delgado y más alto, de cabeza desnuda... desnuda comparada con las cabezas de los monstruos prisioneros, cubiertas de pelos como un huevo de mawson. Un ligero examen le mostró al cachorro que en realidad sólo un lado de la cabeza era peludo. El monstruo alto se dio vuelta y empezó a hacer unas marcas en la pared, y se vio que su cabeza era también peluda atrás.

El hurkel cachorro encontraba todo esto



EL MONSTRUITO DE MAC (1988) CUYA INTERESANTE PARTICULARIDAD ES QUE SE ALIMENTA A BASE DE... COCA-COLA.

tremendamente divertido. Se puso a irradiar lo que en Lirht era un ronroneo o resplandor. En ese fantástico lugar el ronroneo no era visible; en cambio los animales presos empezaron a retorcerse y a contorsionarse de un modo muy curioso, y a frotarse ruidosamente los costados con las garras. Esto agradó al cachorro todavía más, pues le gustaba mucho que notaran su presencia, y redobló el resplandor. Los movimientos receptivos de los animales se hicieron casi frenéticos.

> Era azul..., de un azul realmente hermoso. Tenía una pequeña cabeza esférica y una protuberancia casi idéntica en el otro extremo.

Entonces el monstruo alto se volvió otra vez. Emitió unos sonidos raros. Luego tomó una vara de la plataforma de adelante y la dejó caer con un terrible ruido.

El repentino estruendo trastornó al cachorro. Se asustó tanto que se volvió invisible, pero el sistema de visibilidad estaba invertido allí, y su figura se hizo claramente evidente. Se volvió y saltó, perseguido, antes de llegar al suelo, por un agudo chirrido metálico. El cotorreo y los agitados ruidos que llegaron de arriba aumentaron aún más el devorador terror del cachorro. Se arrastró rápidamente hasta un matorral bajo y se ocultó entre las hojas.

Muy pronto, sin embargo, recuperó su irreprimible buena naturaleza. Aflojó el cuerpo, observando el ligero movimiento de los tallos y hojas –algunas debían de haber sido flores– en la leve brisa. Una criatura alada llegó zumbando y bailó alrededor de un capullo. El cachorro se apoyó en una pata central, estiró rápidamente la otra y cazó al intruso en pleno vuelo. El bicho le clavó inmediatamente en la pata una afilada sonda negra. El cachorro no tuvo en cuenta el pinchazo, se comió a la criatura y eructó. Se quedó quieto unos minutos, saboreando la sensación de la abeja en el clarfelo. De pronto la experiencia dejó de ser un éxito. El hurkel se comió a la abeja dos veces más y al fin renunció a la poco agradable tarea.

Volvió la atención otra vez a la ventana, preguntándose qué estarían haciendo ahora aquellas filas de animales. Parecía estar todo muy tranquilo allá arriba... Audazmente el cachorro salió de su escondite, saltó y se posó otra vez en el alféizar. Se sentía muy satisfecho; sus saltos en aquel enloquecido lugar eran cada vez más precisos. Se alisó el pelo, balanceándose en el borde de la ventana, y miró adentro.

Sorprendentemente, todos los animales más pequeños se habían ido. El más grande estaba agachado detrás de la plataforma, en el otro extremo. El cachorro y el animal se observaron un largo rato. Al fin el animal se inclinó hacia adelante y tocó algo en la pared.

Inmediatamente se oyó un zumbido mecánico, y algo empezó a girar en la plataforma cerca de la ventana. Un segundo después el cachorro se vio envuelto en una nube de polvo picante.

Sintió que se ahogaba y el miedo –cada vez mayor– fue haciéndolo más visible. Durante un largo momento no pudo moverse; gradualmente, sin embargo, advirtió una punzante y dolorosa sensación que le llegaba a las entrañas. Se abandonó a ella, y un agonizante éxtasis cayó sobre él en olas sucesivas. Resplandeció brillantemente, aunque la emanación sirvió sólo para que el animal de la habitación se rascara de un modo histérico.

El hurkel se sentía raro, transportado. Se volvió y saltó al aire, alejándose del edificio.

El señor Stott dejó de rascarse la cabeza. Desgreñado, fue hacia la ventana y observó el curioso espectáculo de la bestia azul, totalmente invisible ahora, aunque envuelta en polvo, de modo que parecía una burbuja en la niebla. Rebotaba por el prado como flotando en el aire, dejando detrás, en la hierba, unas manchas cada vez más pequeñas de polvo blanco. Stott se frotó las manos, sonrió afectadamente, y se retiró a sus tareas. Había salvado a la tierra de batallas, asesinatos y derramamientos de sangre; pero él no lo sabía. Nadie descubrió qué había hecho el señor Stott. De modo que su vida fue larga y feliz.

¿Y el hurkel cachorro?

Fue saltando por las largas sombras y desapareció en unos matorrales. Allí cavó un pozo, trabajando soñolientamente, con más y más lentitud. Y al fin se dejó caer en él y allí, inmóvil, pensó raros pensamientos, produciendo una música extraña, y sacudido por extrañas sensaciones. Pronto cesó en él todo movimiento y se quedó estirado, tieso...

Durante unas dos semanas. Al cabo de ese tiempo, el hurkel, ya no un cachorro, se encontró rodeado por una camada de unos doscientos jóvenes. Quizá fue el DDT o quizá fueron las raras radiaciones que recibió el hurkel del cielo terrestre, pero todas las nuevas criaturas eran hembras partenogenéticas como usted y como yo.

¿Y los humanos? Oh, ¡los criamos bien! ¡Y qué felices fuimos! Pero los humanos tenían la picazón errática, y la picazón inflamada, y la comezón paraestética, hormigueante o punzante. Y no podían evitarlo de ningún modo.

Así que se fueron.

¿No es éste un lugar encantador?

DE REGRESO, DE THEODORE STURGEON. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES MINOTAURO.

VILLA GESELL

AGENDA DE ACTIVIDADES TEMPORADA 2001

ENERO

MUSEO Y ARCHIVO HISTORICO . CHALET DE DON CARLOS
Horarios de atención: Todos los días de 10 a 12.30 y de 17 a 21.
VISITAS GUIADAS
Alameda 201 y Calle 303 . Tel.: (02255) 45-0530.
Horario: de 9 a 13 y de 17 a 21.

MUESTRAS Y EXPOSICIONES
Centro Cultural Chalet de Don Carlos - Parque Cultural Pinar del Norte - Alameda 201 y Calle 303 . Tel.: (02255) 45-0530.

PRESENTACION DE LIBROS EDITORIAL SUDAMERICANA
Centro Cultural Chalet de Don Carlos - Parque Cultural Pinar del Norte - Alameda 201 y Calle 303 . Tel.: (02255) 45-0530.
Martes 22 . 19.30:
GRACIELA DUFFAU

PRESENTACION DE CIRCULO DE ESCRITORES MARPLATENSES
Centro Cultural Chalet de Don Carlos - Parque Cultural Pinar del Norte - Alameda 201 y Calle 303 . Tel.: (02255) 45-0530.

VIERNES CORALES
Centro Cultural Chalet de Don Carlos - Parque Cultural Pinar del Norte - Alameda 201 y Calle 303 . Tel.: (02255) 45-0530.
Todos los viernes 19.30.
Presentación de coros y conjuntos vocales.

CHARLAS
Centro Cultural Chalet de Don Carlos - Parque Cultural Pinar del Norte - Alameda 201 y Calle 303 - Tel.: (02255) 45-0530 - 19.30 hs.:
Jueves 25:

VILLA GESELL Y SUS AMBIENTES NATURALES: LAS DUNAS. EL MAR . LOS BOSQUES
Por Mónica E. García (guía del museo).

SIMPLEMENTE NINI . Muestra del Museo del Cine Centro Cultural Pipach . Avenida Buenos Aires y Costanera .
Tel.: (02255) 46-6439.
Del 3/1 al 3/2 . de 17 a 22.
Exposición de objetos originales. vestuarios. afiches. joyas y otros elementos de Niní Marshall.
Emisión de films.

ARTE EN CARRETAS . Confitería Catalina de Hostería Posta Carretas - Avenida 1 N 947 e/ Paseos 109 y 110 .
Tel.: (02255) 46-2526.
Muestra de pinturas . grabados . cerámicas . esculturas y objetos.

ARTE EN LAS PLAYAS
Del 2 al 31:
Concursos de artes plásticas . Libre expresión . Body painting y juegos recreativos en distintos balnearios.

CASA DE LA CULTURA
MUESTRA DE ARTISTAS PLASTICOS . LOCALES Y REGIONALES Avenida 3 y Paseo 109 . Tel.: (02255) 46-2513.
Del 15 al 30:
Salas A, B Y C:

IDENTIDAD REGIONAL CASA DE LA CULTURA ESPECTACULOS INFANTILES
Avenida 3 y Paseo 109 . Tel.: (02255) 46-2513.
Sábados y domingos . 19.30.
LABERINTO DE COLORES (Grupo Los Marrokos).
REVUELTO DE ABEJAS (Grupo Brujas).
BOSQUE ALEGRE (Grupo Brujas).
SE VIENEN LOS CLOWNS (Grupo Los Marrokos).

CASA DE LA CULTURA ESPECTACULOS PARA ADULTOS
Avenida 3 y Paseo 109 . Tel.: (02255) 46-2513.
Viernes 19 . 21 hs.
TERESA PARODI . El canto que no cesa.
Viernes 19 . 23.30 . Viernes 26 . 22 hs.
EL HIPPIE VIEJO HABLA DE SEXO .
Rolando Hanglin.
Miércoles . 22 hs.
CIPE LINCOVSKY . Kabaret... El regreso del Gallo Cojo.
Sábados . 22 hs.
CHINA ZORRILLA . Había una vez ... . Unipersonal.
Lunes 22 . 22 hs.
ANA ACOSTA . Cómo se rellena un bikini salvaje.
Jueves 25 . 22 hs.
ALMA Y VIDA . Alma y Vida 30 años . Gira nacional 2001.

ESCENARIO PLAZA PRIMERA JUNTA
Paseo 104 e/ Avenidas 2 y 3
Sábado 20:
LOS LENDRIX
Domingo 21:
NATIVO
Lunes 22:
DANCING MOO
Martes 23:
JUSTICIA DEL PATO
Miércoles 24:
FIDEL NADAL
Jueves 25 . Viernes 26:
LAFORESTAL

ENCUENTROS CORALES
Avenida 10 y Paseo 102 . Tel.: (02255) 46-7123.
Miércoles y sábados . 21 hs.
Entrada libre y gratuita.

ENCUENTROS CORALES CONCIERTOS ESPECIALES
Avenida 10 y Paseo 102 .
Tel.: (02255) 46-7123.
Domingo 21: POSTALES DEL ALMA
Baglietto . Vitale.

RECITALES Y OBRAS DE TEATRO
Viernes 19: DESPEDIDA DE LOS CHALCHALEROS
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.

Sábado 20: LA RENGA
Estadio Autocine - Avenida Buenos Aires y Circunvalación.Sábado 20: LUIS LANDRISCINA
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.
Domingo 21: BRUJAS
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.
Lunes 22: LEONARDO FAVIO
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.
Martes 23: RAFAGA
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.
Miércoles 24:BEATS
Cine Teatro San Martín 2 . Av. 3 e/ Paseos 104 y 105.
Miércoles 24: MARIA MARTHA SERRA LIMA
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.
Jueves 25: SINVERGÜENZAS
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.
Viernes 26: JAIRO
Cine Teatro Atlas . Paseo 108
e/ Av. 3 y 4.

PUEBLO LIMITE - RECITALES
Avenida Buenos Aires acceso a la ciudad
Contacto: Pablo Martín - Cel.: (02267) 15-52-1001.
E- Mail: pablomartARROBAsinectis.com.ar - Http: www. Pueblolimite.com
De Miércoles a Martes - Cena Show . JOSE LUIS GIOIOIA . Sin Límite
Reservas (02255) 45-0560.
Viernes 19 . DESFILE FEDERICO DE ALVEAR . NIGHT TOUR COSMO POLITAN .
Modelos de Ricardo Piñeiro . 22 hs.

Sábado 20 - ALEJANDRO LERNER .. PARADOR RADIO MEGA.
Domingo 21 . GUSTAVO GOTARDO Presenta: Desfile Cena Show . BODY PAINTING.
21.30 hs.
Jueves 25:
KAPANGA
AUTENTICOS DECADENTES
LOS PERICOS
BEL MOTEL
Alameda 206 y Calle 303 . Tel.: (02255) 45-8828.

Viernes y sábados - 22.30 hs.
LA PEÑA DE ANGEL MONTES . Folklore . Tango y música andaluza.
Derecho de espectáculo: $ 5.-

ENTRE TODOS . Maratón Familiar Solidaria
Viernes 19 . 18 hs.
Largada: Avenida Costanera y Paseo 128.
Recorrido: Por Paseo 128 hasta Boulevard . Por Boulevard hasta Paseo 115 . Por Paseo 115 hasta avenida Costanera . Por avenida Costanera hasta Paseo 128, siendo allí la LLEGADA.

CATEGORIAS
DAMAS:

De 10 a 12 años
De 13 a 15 años
De 16 a 20 años
De 20 a 30 años

CABALLEROS:

De 10 a 12 años
De 13 a 15 años
De 16 a 20 años
De 20 a 30 años
De 30 años en adelante

II CAMPEONATO UKELELE SURF CLASSIC
Playa y Calle 306
Sábado 20 . 9 hs.
Evento promocional de Body

CURSO DE 4 X 4 DICTADO POR NISSAN
Sábado 20 y domingo 21.
Hostería Tequendama . Avenida 1 y Paseo 109.
CIDEF Argentina S. A. Invita a todos los usuarios/as de 4x4 a los cursos de conducción que aportarán conocimientos teóricos y prácticos de la conducción Off Road.
En el punto de salida, Hostería Tequendama Spa & Resort, se servirá un desayuno y se dictará un curso teórico. Seguidamente, se partirá hacia el circuito donde se pondrán a prueba las habilidades y conocimientos de cada participante.
Tras la jornada de conducción en los médanos, haremos un receso para degustar una comida en el restaurant Salsa Criolla donde se hará entrega de los diplomas a los participantes.
Para participar inscribirse en el Tel.: 080066NISSAN.

1 FECHA CAMPEONATO GESELL 2001 SPORTS 4 X 4 . BIKINI OPEN
Predio Municipal Ruta 11 Km. 408.
Sábado 20 . Domingo 21 .
10 hs.:
Salida de la travesía de vehículos 4x4 desde Villa Gesell y Pinamar.
Inicio de la revisión técnica de los vehículos que competirán el domingo. 14 hs.:
Llegada al circuito de la travesía 4x4 - Predio Municipal Ruta 11 Km. 408.
14.30 hs.:
Desarrollo de pruebas de regularidad.
18 hs.:
Preselección Bikini Open - (Inscripción en V. Gesell gratuita - Lugar a confirmar).
Domingo 21 . 10 hs.:
Inicio de la competencia en el Predio Municipal Ruta 11 Km. 408.
22 hs.:
Fiesta de cierre de la 1 Fecha Villa Gesell 2001 Sports 4x4 . Lugar a confirmar.
Entrega de premios.
Elección Bikini Open.
Cierre con espectáculo musical.
Consultas: TELEMARCA .
(011) 4785.1523.

SHOW DE ACROBACIA AEREA
Sábado 20:
Este Verano se presentará en las playas de Villa Gesell, un espectáculo que no tiene precedentes no sólo a nivel turístico, sino también aeronáutico.
Se trata de un Show Aéreo espectacular que tendrá como escenario el mar, frente a los balnearios.
Bajo el nombre de Exhibición Acrobática Aérea Cruz del Sur, volarán los mejores pilotos acrobáticos que posee nuestro país, realizando diversas figuras aéreas al compás de temas musicales que van desde "Adiós Nonino", hasta "El Invierno" de las Cuatro Estaciones de Vivaldi.

El Show no termina aquí, contará también con la presencia de helicópteros pertenecientes a la Aviación Naval Argentina para realizar un simulacro derescate en el mar a modo didáctico para instruir a los turistas acerca de cómo proceder en el caso de un salvataje ante la presencia de buzos y helicópteros.
La espectacularidad del evento la garantizará la presencia de la Escuadrilla Acrobática "Cruz de Sur" de la Fuerza Aérea Argentina. Esta Escuadrilla realizará vuelos en formación de cinco aeronaves, realizando combinaciones de figuras como tirabuzones, cruzamientos, rizos, formaciones en espejo (un avión en vuelo normal y el otro encima pero invertido), etc.
Este evento es realizado por EN EL AIRE Producciones, del Programa de TV "En el Aire", de manera conjunta con la Secretaría de Turismo de La Nación y la Municipalidad de Villa Gesell.
Se trata de identificarnos con lo nuestro, tenemos hermosas playas, una excelente infraestructura turística, ESTAMOS EN CASA. Al mismo tiempo tenemos excelentes pilotos y aeronaves y podemos realizar shows de nivel internacional similares a los que se presentan en diversos lugares del mundo.
La exhibición Acrobática Aérea "Cruz del Sur" se presentará en la playa municipal de Costanera e/ Paseo 112 y 113, el día 20 de enero a las 17, con una duración aproximada de 20 minutos.
Para mayor información: Secretaría de Turismo De Villa Gesell . E-Mail: turismoARROBAgesell.com.ar-enelaireARROBAhotmail.com
En caso de lluvia se realizará Al día siguiente.

INAUGURACION TRAMO RAMBLA COSTANERA
Sábado 20.
Avenida Costanera y
Avenida Buenos Aires.